



## YARIEDAD INFINITA DE LA NATURALEZA.

Nada hay tan admirable como la variedad de las producciones de la naturaleza. El reino animal presenta por sí solo una brillante diversidad, ya en la forma física, ya en los hábitos y costumbres de sus especies. Desde el sér inteligente, desde el hombre hasta los seres que se consideran desde hace tiempo como vegetales, como plantas, y que por esto llevan el nombre de *zoófitos* ó animales-plantas, todos los grados de la inteligencia tienen su representación. La curiosidad del hombre ha llegado hasta el punto de observar esta última clase tan distante de él. Ha bajado al fondo de los mares á buscar el coral, las esponjas, las madreporas, habitadas por numerosos animales, que han construido en ellas sus moradas, que acumulan con una perseverancia tal, que después de siglos y por el trabajo de generacio-

nes sucesivas, estas construcciones se elevan en forma de islas y de montañas, y constituyen un peligro para los navegantes; ha pescado estos animales sin consistencia, semejantes á las espumas, á las gelatinas, que nadan sobre la superficie de las aguas, ofreciendo á la vista los más ricos colores amarillos, rojos y azules, y les ha dado el nombre de *medusas*. Armado de un microscopio, ha visto esos *pólipos*, cuyo cuerpo es trasparente y se puede cortar en trozos, convirtiéndose cada parte en un animal viviente, que se puede también volver de tal manera, que su estómago se convierte en su piel exterior y recíprocamente; y que no viven por eso ménos. Ha visto esos seres que giran siempre en el agua estancada, y que, una vez seca, quedan inmóviles años enteros, hasta que se les vuelve á humedecer y reviven y gi-

ran. Una gota del agua ácida de las fábricas de almidon le ha ofrecido millares de animales; en el vinagre los ha visto tambien.

Si se observa la maravillosa industria de los animales, aumenta la sorpresa. ¡Qué cuidados! ¡Qué ciencia! Ahí está la abeja, que da á sus panales la forma más elegante, la más cómoda, y sobre todo la más propia para economizar terreno; ahí está el raton campesino, que pasa una parte del verano acarreado con trabajo á su agujero los granos, las bellotas, las almendras que le han de nutrir durante el invierno. Hay una especie de mosca, cuya larva no vive más que de insectos. Coloca á cada lado del huevo que deposita en tierra una ó dos orugas, á las cuales ha privado de sus patas para impedirles huir, y que son las que sirven de primer alimento al gusanillo que nace del huevo. La larva de la hormiga-leon escarba la arena en forma de embudo y se coloca en el fondo; las hormigas, arrastradas por la arena que se derrumba bajo sus patas caen en el lazo, y la hormiga-leon, despues de haberlas chupado, las arroja léjos para que sus cadáveres no adviertan á las demas del peligro que las amenaza.

La historia de las hormigas es más curiosa todavía; guiadas por un admirable instinto, se establecen en república y construyen inmensas habitaciones, en parte bajo tierra, y que se elevan á veces de tal modo sobre ésta, que se las toma por pequeñas montañas. No hacen, como se cree,

almacenes de ricos depósitos de granos para alimentarse el invierno; las hormigas no comen durante los frios, pues se entumescen y quedan inmóviles. Estas habitaciones, compuestas de paja, de granos de trigo, de mil pequeños restos, están dispuestas en forma de largas galerías ó de celdas estrechas, donde se depositan los huevos. Así es que para satisfacer la necesidad más imperiosa de la naturaleza, el sentimiento maternal, estos pequeños animales trabajan con un ardor infatigable. Pero lo que más llama la atencion es su organizacion social, son sus costumbres. Estas sociedades de insectos tienen sus leyes, su política; forman sus Estados iguales á los de las sociedades de hombres, y tienen guerras crueles que llevan la desolacion á los hormigueros vecinos, envidiosas las unas de las otras. Se libran batallas encarnizadas por estos animalejos, que la planta del hombre puede aplastar por millares. Yo asistí un dia á una de esas acciones memorables. No pude adivinar la causa de la guerra, pero sí el órden en la batalla, la disposicion de sus ejércitos y el espíritu de los combatientes. En su encarnizamiento, en su cólera, me era imposible no suponer todas las pasiones humanas. Mi sorpresa no tuvo igual cuando reconocí que no solamente el campo estaba cubierto de cadáveres, sino que se habian hecho prisioneros, y despues de la victoria, los vencedores arrastraban á los cautivos, á quienes condenan, segun se dice, á los trabajos

más penosos de la habitacion. No me atrevo á creer todo cuanto se cuenta del instinto de estos insectos: temo dejarme seducir por el atractivo de lo maravilloso; sin embargo, lo que vamos á añadir está probado por las concienzudas observaciones de célebres naturalistas. Se dice que las hormigas son muy aficionadas á un humor que sale de dos pezones que hay en el vientre de los pulgones, y suben en tropel por los árboles para chupárselos. Se dice que tienen la habilidad de llevar á sus hormigueros á algunos de estos pulgones, á quienes nutren en los establos dispuestos para este uso, pudiendo así ordeñar-

los gozosas cuando el mal tiempo las detiene en sus habitaciones. No terminariamos si tratásemos de relatar todos los sorprendentes efectos del instinto de los animales. Admiramos esta infinita variedad de maravillas, prueba innegable de la Inteligencia divina que todo lo ha dispuesto con tanto órden, con una riqueza tal, que nuestra curiosidad insaciable se fatigaria, sin embargo, ántes que cesase la naturaleza de mostrarnos novedades más sorprendentes todavía que las que acabamos de dejar consignadas.

TH. LEBRUN.

## RASGO DEL AMOR FILIAL.

El amor á los padres; esta tan sagrada obligacion para con los autores de nuestros dias, se halla de tal modo impresa en nuestros corazones, que se mira como un desnaturalizado é impío el que se desentiende de semejantes deberes, al paso que es universalmente apreciado el que, teniendo presente cuánto debe á los que le han dado el sér y educacion, recompensa con su amor y agradecimiento los cuidados que les ha debido en su infancia. La historia nos presenta admirables ejemplos de amor filial en los más esclarecidos varones. En ella vemos á Cimona, jóven romana, introducirse en la pri-

sion y sostener, con la leche de sus pechos, la existencia de su padre, anciano y encarcelado; á Scipion, llamado despues el Africano por sus victorias, y tan distinguido general romano que, viendo á su padre debilitado de fuerzas por su ancianidad, le conducia y servia como de báculo; á Alejandro el Grande, que se precipitó en las filas enemigas á la edad de diez y siete años en defensa de su padre Filipo, herido y derribado del caballo, y al piadoso Eneas, llevando sobre sus hombros á su padre Anchises, consumido de vejez, por entre las ruinas y el incendio en la noche fatal de la destruccion de Troya.

Finalmente, Herodoto (lib. 1) refiere el interesante pasaje siguiente:

«Creso, quinto y último rey de Lidia, tenía un hijo de bello aspecto y aventajado ingenio, pero mudo de nacimiento, pues ya había llegado á la edad de la adolescencia sin que hubiese podido articular palabra alguna. Para enmendar este defecto de la naturaleza, ¡cuánto no emprendería y haría experimentar un padre, cuya opulencia ha pasado á ser proverbial, en favor de un hijo único, destinado á sucederle en su imperio é inmensas conquistas! Mas todos los auxilios del arte fueron vanos. En lo sucesivo Creso llegó á verse privado de su grandeza, en términos que, vencido por el ejército de Ciro, rey de Persia, se vió obligado á encerrarse en *Sardis*, capital de sus Estados, la que, sitiada por el ejército enemigo, al fin fué tomada por asalto, en cuya crisis un soldado persa se precipitó sobre Cre-

so sin conocerle, y con la espada desnuda iba á quitarle la vida; pero su hijo, que vió el inminente peligro en que se hallaba la vida de su padre, experimentó tan fuerte conmoción, que, olvidado de la facultad que le había negado la naturaleza, hizo un extraordinario esfuerzo y prorumpió en estas palabras: *Soldado, no des la muerte á Creso*; con lo que logró desviar de la cabeza de su padre el golpe mortal que le amenazaba, y él consiguió hablar clara y naturalmente todo el resto de su vida: ¡Digno premio de su amor filial!»

Hijos míos, no olvidéis tan digno ejemplo: el amor á los padres ha de ocupar el primer lugar en vuestros corazoncitos, y debéis saber que, siendo la mejor de las virtudes, es también la que premian con profusión Dios y los hombres.

J. M. BALLESTEROS.



## SENTIMIENTOS MORALES (1).

## ARTÍCULO III.

Para evitar la monotonía que resulta al describir los sentimientos morales de que venimos tratando en artículos anteriores, alternaremos los *originarios* con los que no tengan este carácter; los *simples* con los *compuestos* y los *expansivos* con los *retroactivos*, á fin de dar más variedad á la materia.

La *gratitud*, de que nos toca hoy ocuparnos, se encuentra en la escala de los sentimientos que exigen en el individuo edad y reflexion: no pertenece, por lo tanto, á la clase de los originarios.

Tampoco puede considerarse en la esfera de los sentimientos simples, pues para ejercer su influjo, admite en su composicion otros dos, que son: el del *orgullo*, del que tratamos en el artículo anterior, y el de la *benevolencia*, de que nos ocuparemos otro dia.

Es regularmente expansivo, rara vez se concentra en el sujeto; y si en algunos casos puede suceder que se altere la regla general por circunstancias especiales que modifiquen su accion, como se trata aquí de la norma comun y no de las excepciones, pudieran éstas tener una

explicacion satisfactoria sometiéndolas al análisis; pero no es del momento descender á tales particularidades.

La gratitud es una afeccion del alma, tan elevada, que á veces se convierte en una virtud sublime; su antítesis es á todo el mundo repugnante; el hombre ingrato es un monstruo: ¿qué puede esperarse de aquel que se rebela contra quien le dispensó algun beneficio?

El Autor del universo y los legisladores, no hallando castigo adecuado contra la ingratitud, parece que dejan abandonado á sí propio al ingrato, como indigno de misericordia.

Por el contrario, aquel que siempre vive reconocido á los favores que recibiera, aunque sea remota la época en que se le dispensáran, siente vivas emociones de alegría al estrechar la mano de su bienhechor; y muy léjos de experimentar el aguijon de la envidia, de esa pasion funesta que corrompe el corazon y los mejores sentimientos morales, se congratula cuando sabe que aquel ocupa en la sociedad el lugar de que es digno por su munificencia, por su probidad y sus virtudes.

Y no solamente la gratitud se concreta á cierta clase de favores recibidos; es tal vez más pura é intensa cuando en las tribulaciones de la

(1) Véase el tomo IX, pág. 266.

vida y en los grandes pesares la presencia de un amigo nos tranquiliza y fortalece con su interés y su consejo, que cuando el poderoso, con su mano espléndida, atiende á remediar la desgracia y las urgentes necesidades de la vida.

Así es que la gratitud puede experimentarse de dos modos distintos, y hé aquí el motivo que induce á creer que admite en su composición otros dos sentimientos morales, simples ambos, aunque expansivo el uno y retroactivo el otro.

Al recibir un obsequio de una persona respetable por su carácter, por su rango ó por su posición social, se mezcla con el sentimiento de la gratitud el del orgullo, que, forzoso es decirlo, las más veces le neutraliza; y de aquí es que se corresponda con tibieza é indiferencia á los favores recibidos. Como escribimos en una Revista dedicada á los niños, no consideramos superfluo demostrar este pensamiento por medio de un ejemplo que esté al alcance de su comprensión.

La amistad más íntima une á dos sujetos que se conocieron en la infancia. El uno obtiene un destino importante y adquiere además bienes de fortuna que le alzan sobre la esfera común de los otros. Recuerda los lazos que le unen de antiguo con aquél, y le proporciona un empleo con que atender al decoroso sustento de su familia. En este caso, el que dispensa el beneficio ejerce el sentimiento de la benevolencia en obsequio de la amistad: el que recibe el

favor debería experimentar en toda su pureza el de la gratitud, y sin embargo, se encuentra modificado por el sentimiento del orgullo, que le hace ver el bien recibido como premio de sus merecimientos, no como un acto espontáneo de la voluntad de su amigo, ó si se quiere, como un deber que impone la verdadera amistad, ó bajo otros muchos aspectos. De aquí el que, lisonjeado el amor propio, superior en esta ocasión al reconocimiento, hace que el orgullo tenga la iniciativa y debilite la gratitud, y en ocasiones la extinga y anule.

Conviene manifestar á este propósito que los sentimientos expansivos y los retroactivos se repelen y excluyen recíprocamente; por eso, cuando uno de ellos llega el primero á ocupar el puesto, rechaza la entrada del otro, y este principio evidente explica el por qué se experimenta de diversos modos un mismo sentimiento.

Hemos dicho de qué manera se presenta entre dos amigos, según la distinta posición en que los hemos colocado, resultando del ejemplo propuesto que el sentimiento del orgullo se sobrepuso al de la gratitud: pues al contrario acontece en este otro caso.

Supongamos que un sujeto socorre en la calle á un mendigo: este acto excita en toda su extensión el agradecimiento del que recibe la limosna, sin mezcla alguna de otro que pueda neutralizarle, mientras que aquel que socorre, si no lo hace di-

simuladamente y con verdadera caridad cristiana, siente en su corazón el orgullo más refinado, y si conoce que le miran y observaron su generoso desprendimiento, entonces el orgullo regenera en vanidad, y esta pasión funesta le hace muchas veces ejercer lo que no debe llamarse caridad, sino filantropía, por sólo el placer que recibe su amor propio de aparecer á los ojos de las gentes pródigo y espléndido con los desvalidos.

Estos dos ejemplos dan á conocer las dos fases con que puede presentarse el sentimiento de la gratitud, su naturaleza, su desarrollo y manifestación. Habrá quizá excepciones honrosas que alteren estos principios; pero á la regla general, y no á sus excepciones, debemos atenernos, así en el orden moral como en el orden físico, cuando queramos saber algo.

M. J. PASCUAL.

## EL RETRATO DE CÁRMEN.

Han de saber Vds., apreciables niños, que mi amiguita Cármén, una niña que parece propiamente una mujercita, estaba pensando hace días en ir á retratarse en tarjeta americana; y no quería ir á esas fotografías donde se hacen retratos por 4 reales y hasta por 12 cuartos, sino á una de las mejores de Madrid, á la de Otero, á la de Juliá ó á la de Laurent, porque tenía para pagar un buen retrato con los doce duros que le había regalado su tío Anacleto para el día de Nuestra Señora del Cármén.

Con su tío Anacleto, con su mamá, y también conmigo, ha consultado Cármén un detalle importantísimo de su retrato.—¿Cómo me voy á retratar? Esta es la pregunta que nos

ha dirigido Cármén á todos. Quería que le dijéramos qué traje se había de poner, qué peinado, qué accesorios había de haber en el cuadro, qué actitud debía ser la suya, etc., etc.

— Te retratarás, le dijo su mamá, sentadita, y en actitud de examinar un bordado puesto en el bastidor.

— Eso es *cursi*, contestó Cármén, que ya ha aprendido esa palabreja, y que tiene sus pretensiones de elegante.

— Debes retratarte sencillamente vestida, le dijo su tío Anacleto, contemplando un ramo de flores.

— Mejor será que estés leyendo un libro, le dije yo, que deseo hacer ver á Cármén en toda ocasión la conveniencia y utilidad del estudio.

Pero Cármén es una niña muy

mimada y acostumbrada á hacer en todo su voluntad, y maldito el caso que ha hecho de la opinion de su tio,

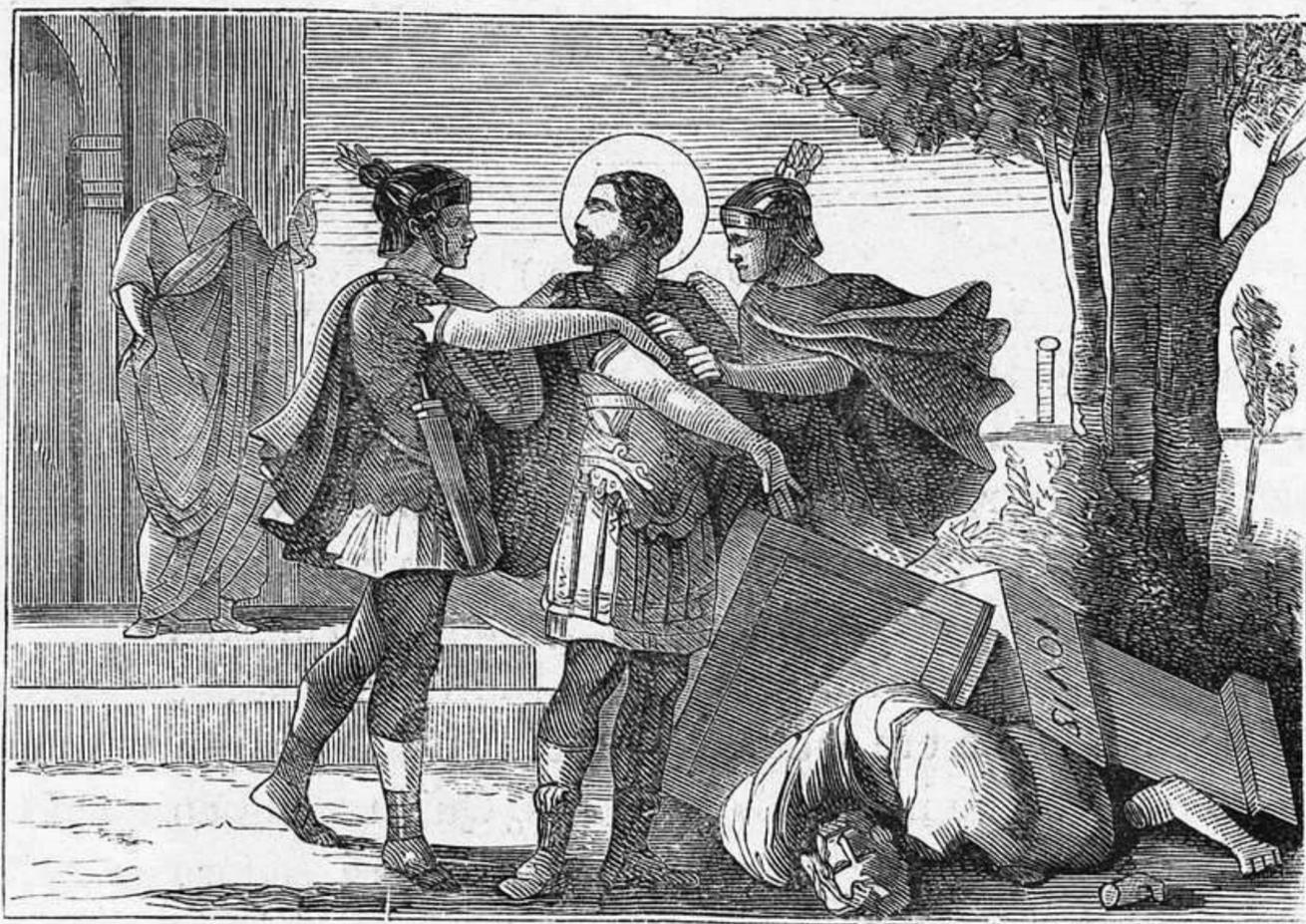
ni de la de su mamá, ni de la mia, porque vean Vds. el retrato de Cármen hecho á gusto suyo:



Ahí la tienen Vds., con un perro en brazos, un perro que, acaso por haberse movido, ha salido más feo de lo que es.

Mucho siento que Cármen nos haya dado esta prueba de su carácter voluntarioso, y de su menosprecio de la opinion de los mayores en edad, saber y gobierno. Ni á su mamá, ni á su tio, ni á mí, nos ha dejado contentos Carmencita en esta ocasion; y para que los niños lectores juzguen

del retrato, lo publico en Los Niños, y así todos sabrán que es la niña llamada Cármen una niña bastante extravagante, un poco terca, un mucho presumida, y aficionada con exageracion á los perros, y que tiene la bonita maña de estar un mes pidiendo consejo á todos sobre algo que piensa hacer, y despues hace, no lo que se le aconseja, sino lo que le da la real gana. Muchos hombres suelen hacer lo mismo.



## SAN VÍCTOR, SOLDADO MÁRTIR.

(21 DE JULIO.)

El emperador Maximiano, manchadas sus manos con la sangre inocente de innumerables mártires, llegó á Marsella, donde la Iglesia católica hacia grandes progresos. Su llegada aterrorizó á los fieles, y todos se ocultaron. Pero un oficial cristiano, llamado Víctor, iba por la noche, de casa en casa, visitando á los hermanos para exhortarles al desprecio de la muerte é inspirarles el deseo de los goces eternos. Sorprendiéronle ejerciendo este acto de caridad, y fué conducido ante las autoridades que, no pudiendo hacerle renunciar á la fe, le enviaron al Em-

perador, quien tampoco lo consiguió, é irritado, mandó que se le arrastrase por la ciudad atado de piés y manos, expuesto así á las iras del populacho soez é ignorante. Despues de sufrir los mayores tormentos, fué encerrado en un calabozo, donde convirtió á la fe católica á los soldados que le custodiaban. El Emperador le hizo llevar nuevamente á su presencia, y le ordenó que adorase á un ídolo; pero Víctor, horrorizado, derribó el altar y el ídolo. Furioso el Emperador, mandó cortar los piés y luégo la cabeza al santo Víctor, en 21 de Julio.



## LA MISA DEL PAPA MARCELO.

(Continuacion.)

¡ Ay! al acabar la tercera estrofa, y á pesar de que habia mucha gente en la plaza, mi auditorio se componia únicamente de un pastorcillo y sus dos mastines, que me miraban con sus grandes ojos fijos. Entónces conocí que la mandolina era más necesaria de lo que yo me habia figurado. No me desalenté, sin embargo, y proseguí mi cancion. Sin embargo, tuve tiempo para concluir la, sin que mi auditorio hubiera crecido, y ya iba á recoger mi sombrero para buscar una nueva industria que me diera un pedazo de pan, cuando oí una vocecita delicada que decia:

— Padre mio, dadme una pieza de Angelus para ese pobre cantor.

En el momento en que volví la vista hácia aquel lado, la pequeña moneda de plata habia caido en mi sombrero. Quien la habia dejado caer era una niña como de ocho años, sonrosada y rubia; era la única que habia pensado dar una limosna al infeliz cantor. ¡ De qué buena gana hubiera dejado caer en aquella linda mano las dos lágrimas que en aquel instante rodaron por mis mejillas. Ved aquí, padre mio, esta especie de medalla de Angelus que llevo colgada al cuello con una cadenita de plata... Esta es la moneda de aquel ángel rubio.

El padre de la niña era un hombre de unos cuarenta años, de semblante franco y alegre. — ¡ Hola! amigo mio, me dijo. ¿ Sabes que cantas como un ruiñeñor?

— Mil gracias, señor, le contesté.

— ¿ Quién te ha enseñado eso?

— No lo sé, señor, yo canto lo que se me viene á la imaginacion, tan pronto de una manera como de otra.

— ¿ Es cierto que no habias aprendido ántes ese canto?

— Sabía únicamente los versos, el aire me parece que no.

— Vamos, pues, cántame otra coplita, pero con un aire diferente; el primero que te se ocurra.

Obedecí al momento.

— Vamos, me dijo el buen hombre, ¿ y piensas recoger muchas monedas cantando así?

— ¡ Ay! no señor, le contesté; hé aquí la única que hasta ahora he ganado.

— ¿ Y no sabes hacer nada más que cantar? ¿ No tienes más habilidad?

— Nada, y yo creo que es bien poco.

— Vaya, pues sígueme.

Aquel hombre honrado era un maestro de música flamenco, de escasa fortuna y de talento mediano;

me llevó á su casa, me tomó á su servicio, me enseñó el canto llano, me dió las primeras nociones de la música, y gracias á él he podido encontrar algunos recursos cantando en las iglesias, que esa es ahora mi profesion. ¡Qué dia tan hermoso fué para mi pobre madre y para mí tambien, aquel dia en que pude llevarle los primeros auxilios con el fruto de mis escasos ahorros! ¡Y qué dicha fué tambien para Aloïs de Palestrina el velar con toda la solicitud de un hermano por la suerte de la tierna Genoveva, aquella niña de ocho años que habia sido su ángel de salvacion!

Palestrina suspiró profundamente; el reverendo padre le animó con una dulce mirada, y despues de una ligera pausa el músico prosiguió:

—Aquí teneis, padre mio, toda la historia de mi vida, despues me he entregado al estudio, consagrando mi escasa ciencia en honor de Dios y recibiendo, como mi primera recompensa de los hombres, vuestro benévolo sufragio respecto de mi *Laudeamus*. Para concluir, os diré que desde que murieron mis padres estoy solo en la tierra, porque el buen maestro que me habia recogido me dejó hace algunos años, llevándose consigo á la que yo consideraba como la hermana de mi corazón. Ocho años creo que han pasado desde que no le he visto ni he vuelto á tener noticias suyas. No sé si vive todavía ni dónde para. En la única carta que recibí de él me decia que se retiraba á Suiza, adon-

de le llamaban intereses de familia.

—Hijo mio, le contestó el religioso, vuestra sencilla historia me ha conmovido; esperadme esta noche á las ocho bajo la galería cubierta del Vaticano; Su Santidad nos habrá trasmitido ya su decision y os la daré á conocer, miéntras tanto yo os ofrezco acordarme en mis oraciones de vos y de la empresa que habeis acometido; yo tambien tengo fe en vuestra ciencia y creo que la habeis encaminado siempre en provecho de la única gloria que no es perecedera. Hasta luégo, Dios sea con vos y con vuestro espíritu.

La campana de San Pedro daba las ocho cuando Palestrina se paseaba bajo las arcadas de la galería cubierta que unia al Vaticano con el castillo de San Angelo. Su corazón y su cerebro eran presa de una fiebre ardiente, llena de las sordas angustias que han devorado la sangre de los grandes artistas en aquella hora terrible de incertidumbre, en que debia pronunciarse el fallo de sus primeras obras.

Un hombre cubierto con una sobrevesta morada salió de una pequeña puerta que se abria en el ángulo más retirado de la galería, y vino derecho hácia Palestrina, á quien condujo al piso principal de la galería; allí le esperaba paseándose fray Roberto, el reverendo padre que tanto se habia interesado por el artista.

—Benedicid á Dios, hijo mio, le dijo con voz dulce y tranquila; nuestro Santo Padre Marcelo ha escu-

chado vuestra súplica, y dentro de ocho dias vuestra misa será ejecutada delante de él en la iglesia de San Pedro; él cree que la música es digna de la majestad de la Iglesia; sin embargo de que no quiere tolerar esas composiciones extravagantes de que hablábamos esta mañana, ántes de arrojar del templo á esos malos mercaderes de la armonía, quiere hacer la última prueba y ver si puede confiarse en que vendrá la regeneracion de la música sagrada.

El corazon del artista palpité con esa alegría sublime que es el presentimiento de la gloria: inclinó la rodilla en tierra y quiso besar la mano de fray Roberto.

El reverendo padre le hizo levantar del suelo, y juntos se adelanta-

ron hácia el extremo de la galería que toca en el Vaticano.

—Perdonad, padre mio, dijo Aloïs, si os hago una pregunta... ¿Por qué se lee la tristeza en vuestros ojos precisamente en el momento en que acabais de llenar de la más pura alegría el alma de uno de vuestros hermanos?

—¡Ay! hijo mio, porque es un alma llena de la más triste angustia la que ahora me llama en su auxilio. Una pobre jóven me espera en la capilla de San Simon y Júdas. Bajad conmigo, porque debeis á Dios una oracion de gracias.

—Sí, padre mio.

(*Se continuará.*)

P. D. MONTES.



## EL NIÑO Y LA PALABRA.

El niño entra verdaderamente en la vida el día que pronuncia la primera palabra.

Esta primera palabra es una gran conquista, un triunfo inmenso; y si no, ved con qué rapidez circula entre los individuos de la familia y entre los amigos la fausta noticia.

—El niño ha dicho ¡papá! dice el ama de cría, que es la primera que lo oye.

—¡De véras! exclama la madre, comiéndose á besos al angelito.

Y apénas viene su marido,

—¿Sabes? El niño ha dicho ¡papá! exclama llena de gozo.

Y el esposo, al ir á la oficina ó al café,

—Mi hijo ha dicho ¡papá! refiere á sus amigos, y unos y otros cuentan minuciosamente las circunstancias detalladas que han acompañado á este suceso.

Pero no basta la satisfaccion de contarlo; es necesaria la satisfaccion de oirlo.

—Dí papá, hijo mio; exclaman todos los individuos de la familia formando un corro.

Y el niño, sorprendido, amedrentado, como si temiese haber dicho algun disparate ó haber cometido algun error, se retrae, calla y á veces hace pucheros y hasta llora.

—¡No lo dirá! exclama el padre.

—Es porque tú le asustas, dice la

madre. Véte, escóndete detras de la puerta, y verás cómo lo dice.

El padre lo hace, y al cabo de un rato, despues de haber dado al angelito toda clase de juguetes,

—Vén ahora, vén; dice la madre.

Y el niño, sonriéndose, balbucea muy bajo:

—Pa... pá... Pa... pá...

Por la noche vienen los amigos de confianza.

—Hoy estamos de enhorabuena; el niño ha dicho ya ¡papá! exclama la venturosa mamá de la criatura.

—¿De véras? ¡Qué monada!

—Si parece mentira; áun no ha cumplido cinco meses!

—¡Ah, es que es muy precoz! Ya verán ustedes, ya verán ustedes. Ama, traiga V. el niño.

El niño viene en brazos del ama, y al ver aquellas caras nuevas, vuelve á retraerse.

—Vamos, hijo mio, dí papá para que lo oigan estos señores.

El niño, en vez de pronunciar la palabra, se echa á llorar.

—¡Qué desgracia! exclama desesperada la madre. Áun no hace un minuto, cuando ustedes han llamado, estaba diciendo papá, porque en tomando la retaila, no la deja. Los niños son así: hacen las gracias cuando no se las piden.

En vano le dan el sonajero; en vano le colman de juguetes; en vano

esperan todos, alargando la cabeza y apretando el oído, que aquel reyezuelo abra la boca.

Poco despues va ganando terreno y empieza ya á dominar el mundo empleando la contradiccion.

— Dí *papá*, hijo mio.

Y el angelito contesta:

— ¡ *Mamá!*

— Vamos, dí *mamá*.

Y el angelito contesta:

— ¡ *Papá!*

Los padres se vuelven locos de alegría, y exclaman:

— ¡ Qué listo es! ¡ Qué tunante!

No hay que decir, si esto pasa á los padres, qué pasará á los abuelos.

Si es el primer hijo, los felices esposos se dicen el uno al otro:

— No hay otro niño como el nuestro.

— Es el más lindo que hay en el mundo.

Digno es de estudiar lo que pasa en el interior de la hermosa criatura desde el momento en que consigue su primera conquista en el mundo.

Ese ¡ *papá!* esa primera palabra que constituye su primer triunfo, le ha costado grandes esfuerzos, una inmensa lucha, inconmensurables prodigios de observacion.

El niño recién nacido es como un habitante de la luna, si en la luna los hay, que cayera una noche de pronto en medio de un baile de máscaras.

No oye más que un tumulto extraño; no ve más que el caos, la confusion; todo le deslumbra, todo le asombra; lo ve todo y no ve nada; lo oye todo sin comprenderlo.

Lo que oye es como una especie

de enredada madeja que cada uno de sus sentidos debe desenredar.

Si un hombre se encontrase en el caso del niño, retrocederia espantado; creeria imposible llegar á comprender aquel bullicio, llegar á ver la luz en aquel caos.

Pero el niño no retrocede y consigue el triunfo.

¿ No es asombroso que el niño, con sus escasos medios, llegue á *clasificar*, por decirlo así, los *ruidos* que oye?

— ¡ Eso es lógico! exclamará el lector. La naturaleza, que le ha dado esos órganos perfectamente dispuestos, desarrolla sus facultades.

Os engañais de medio á medio.

Lo que hace la naturaleza es permitirle que trabaje, pero nada más.

El niño consigue su fortuna con el sudor de su frente.

Desde luégo lo que hace es percibir los *ruidos*; un horrible griterío que le ensordece; una horrorosa cacofonía que carece de sentido.

La Providencia pone en sus manos un pico, y le dice:

— Trabaja, que en medio de esa montaña hay una mina preciosa.

Y el niño obedece á esta ley y trabaja, y separa el metal de la escoria, y acaba por hacerse rico: al fin y al cabo descubre un filon.

En medio de todos los *ruidos* que le rodean, empieza por conocer, entre todos, *los de la voz humana*, y nota que allí es donde debe detenerse; que aquel es el metal, y entónces es cuando encuentra la mayor de las dificultades; tal es la de comprender

que las palabras tienen un valor ficticio, que forman una serie indefinida de convenciones arbitrarias para expresar los objetos, los seres, los pensamientos.

Averigua que las palabras son á las cosas lo que un billete de banco á un monton de monedas.

En medio de todos los ruidos humanos que forman las palabras, nota el niño algunos que se repiten con más frecuencia, y cuya sonoridad particular llama su atencion.

Este ruido que le interesa, le busca con los ojos; quiere verle. Vuelve la cabeza hácia la persona que ha hablado y no ve más que unos labios que se agitan.

Para él, *el movimiento de los labios es el ruido mismo.*

Le nota, y á fuerza de mirar escuchando, porque puede decirse que aprende á hablar tanto con los ojos como con la mirada, distingue la diferencia entre aquellos *movimientos*, que forman los *ruidos*.

En este período de sus investigaciones confunde las causas y los efectos, y la prueba es que, en sus primeros tiempos, en sus largas ho-

ras contemplativas, imita los *movimientos* que ha visto hacer á otros labios, pero no produce ningun *ruido*.

Es que ensaya.

Despues, un dia hace un descubrimiento: á fuerza de *mover los labios* ha producido un *sonido*.

Comprende entónces que la boca es una trompeta, y que para que suene es preciso soplar por dentro.

Héle ya en posesion de un magnífico instrumento y con los conocimientos necesarios para servirse de él.

Todavía no es músico; áun no conoce las notas, pero dia y noche gorjea; procura imitar, se divierte, se hace ruido para distraerse, y nota que su voz se extiende en la habitacion.

Esto le produce un goce, y cuando algun nuevo sonido se escapa de sus labios, se detiene, se escucha, y la expresion de su rostro parece decir:

— ¡Dios mio! ¿qué es lo que he hecho?

Con estos nuevos goces nacen nuevos deseos.

(*Se concluirá.*)



## ESCENAS INFANTILES.



No dudo yo que sea muy gracioso y entretenido ver cómo el loro tira de la cinta que tiene al cuello el gato, y qué cara pone éste cuando siente que la cinta le aprieta más de lo que le conviene; pero al ver á la niña de tal manera entretenida, con el gato en los brazos y el loro tan cerca, temo que, llegándose á enojar el gato con el loro y éste con aquel, sea ella la víctima en la singular batalla que á picotazos y arañazos emprendan los dos animales.

Bueno es cuidar y querer á los animalitos que lo merecen, pero ha de evitarse con el mayor cuidado todo género de imprudencias que pueden ser causa de que los animales, excitados por la ira, causen daño á sus mismos amos, aunque sea involuntariamente.